

# EN EL «JARDIN DE HIERON» MITO Y LOGOS EN CAIRASCO Y VIANA

JOSÉ LUIS GALLARDO

Cuenta Marcel Detienne que se cuenta que en las Cafueras de la antigua ciudad de Siracusa, fundada por colonos corintios y que llegó a convertirse en la mayor ciudad del occidente griego, su rey o tirano Hierón (no se sabe bien si el primero o el segundo, pues hubo dos) había acondicionado un suntuoso jardín. Hierón gustaba de acudir allí para tratar sus asuntos o solazar con sus amigos. Curiosamente, lo había bautizado con el nombre de 'Mito'. ¿Ironía o justicia, para una urbe ocupada por griegos, recuperada por indígenas sículos, vuelta a caer en manos griegas, enemiga acérrima de los cartagineses a los que redujo al oeste de la isla y más tarde mediadora entre éstos y los romanos, vencedora de los atenienses y de los etruscos, invadida de nuevo por corintios y sucesivamente por romanos, vándalos, ostrogodos, bizantinos, árabes, normandos, catalanoaragoneses, españoles, y rica, en fin, en monumentos y vestigios que dan fe de tan dispares épocas, etnias y culturas, hasta el punto de constituir un crisol de todas ellas? Había en este jardín manantiales, la sombra exquisita del árbol del incienso y de la mirra, un manto de tierra rico en plantas y hierbas aromáticas donde Eros florece, y un suave 'murmullo' de voces y de cítaras. No sería, quizás, tan agradable ni tan rico en evocaciones el jardín de la calle de San Francisco donde Cairasco había establecido su tertulia, pero sí debió poseer un discreto encanto poblado de susurros de hábitos, de capas, de mantillas y de tocas, si damos crédito a la maledicencia. Por él transitaron, que se sepa, entre otros familiares y amigos, personajes destacados de las letras y otras artes como Juan de la Cueva, Leonardo Torriani, fray Alonso de Espinosa, Abreu Galindo y nuestro Antonio de Viana. En este jardín o huerta, que fue puesto bajo la advocación de Apolo Delfico, el 'rumor' de la entonces floreciente ciudad del Real de Las Palmas (sin más) se unía al de la literatura (porque la literatura es también un rumor, no lo echemos en olvido) para hacer de lo memorable lo más verdadero y añadir lo 'falso maravilloso' a lo ya falso.

En este Apolo Delfico (el del oráculo, donde se hallaba el 'ónfalo' u 'ombligo del mundo') a la vera del Guiniguada, nos aventuramos a imaginar que, para quien supiera escuchar, y transitaban por allí muchos, todo rumor era un signo. Y este signo, el primer signo de nuestra literatura, no se hizo esperar. Fue un signo

puntual, fulminante, como un átomo de rumor constituido, ese rumor que, prosigue Detienne, transmitido de boca en boca y de oído en oído, se metamorfosea en poesía o fábula, en la que cada cual agrega o quita algo, mediante un procedimiento inconsciente pero siempre plural:

***“Llorad las damas -- si Dios os vala:  
Guillén Peraza -- quedó en La Palma  
la flor marchita -- de la su cara...”***

Abreu Galindo fue el que lo desenterró, al incluir las 'Endechas' en su *Historia de la Conquista de las siete islas de la Gran Canaria (1503-1604)*. Pero antes las habría recitado en la tertulia. Estaría presente, amén del canónigo y poeta anfitrión, el también gran poeta Viana. A ambos contertulios se les debieron abrir los ojos. No se sabe bien quién lo trae, el rumor, lo importante es quién lo encuentra o, mejor, en qué surco abonado cae. Cairasco y Viana, los primeros, acertaron a conferir sentido a esas voces que se destacan de un enjambre de sonidos. Y, en consecuencia, toma asiento, ya para siempre en la poesía canaria, el 'sabor local'. Los dioses no han cesado de enviar señales, desde entonces, a nuestros poetas, a través de los sueños, del flujo y reflujo incesante del océano, de los vuelos de las aves migratorias, mensajeros al mismo tiempo que las voces oraculares. Todo rumor, continúa Marcel Detienne, a quien seguimos, encuentra su fuente en el dios apodado 'señor de las voces', el Zeus de los presagios, 'Phemios' (el hombre del rumor), el aedo, en fin, del palacio de Ítaca. Y es también junto a Zeus, donde podemos encontrar, dócil y listo para partir, el rumor mensajero, la potencia llamada 'Ossa', cuyo nombre se asocia a una suerte de adivinación de los sonidos ('otteia').

Se ha puesto, quizás, excesivo énfasis en la discusión sobre la precedencia y la autenticidad de las fuentes manuscritas, dando de lado al terreno de la oralidad en la transmisión de las leyendas del pueblo 'guanche'. En la época de Cairasco y Viana, a un siglo escaso de la Conquista, las 'fuentes' debieron de consistir también en esas noticias que Detienne dice que brotan misteriosamente y se difunden en secreto, hasta el punto de constituir un género que ya no es anécdota, ni relato, ni tampoco mito. Nuestros dos grandes poe-

tas bebieron presumiblemente más de un pasado diseminado en el presente y disperso entre infinidad de testimonios, que de las crónicas y cronicones que es de suponer circulaban con cierta profusión por aquellas fechas. Nuestros vates obraban impulsados por el deseo de dejar testimonio acerca de la tradición, pero asimilándola a la invención de un pasado 'necesario'. En la tertulia de San Francisco, que Manolo Padorno propone rebautizar de 'Academia Atlántica', nuestros inspirados contertulios "se esfuerzan por averiguar el origen del rumor" ('pheme'). Cólera de los eruditos. Estos poetas son unos fabuladores, perturban la ciudad. Se les somete a una crítica indagatoria implacable, se les tortura con conjeturas y argucias de 'ratas de bibliotecas', hasta que por fin, en nuestros días, llega la noticia oficial de que realmente la guerra de Sicilia se ha perdido (Relato de Plutarco de la recepción en el Pireo de la malandanza, por un barbero que echa a correr por la ciudad difundiendo y sembrando el pánico). Como era de esperar, el barbero, atado a la rueda, se queda solo y medita sobre la locura de quienes pretenden detectar a toda costa los falsos rumores.

La desgracia del barbero de Atenas, continúa Detienne, le erige en silueta viva del rumor, el cual se identifica con su movimiento interno pero permanece ciego ante su origen. He ahí la voz de un pueblo, el nuestro, el guanche, el de siempre, cuya insignificancia se ve realzada por nuestros primeros poetas. Anonimato que señala la sombra de una cultura marginada y silenciada, antes de que la noticia se convierta en rumor vivo, llevado por la marcha de la historia que acrecienta sus fuerzas y pone el saber de esta cultura fuera del alcance del investigador y su inútil deseo de encontrar los sacrosantos orígenes. El barbero, el poeta, lo sabe tanto como el pueblo de Atenas: "también el rumor es un dios" (Hesíodo). Un dios con altar, culto, sacrificios, y todo en medio de un panteón de potencias filológicas y eruditas, cuyos nombres forman la lista de grandes o pequeños fenómenos psico-sociológicos: el Recelo, el Olvido, los Intereses gremiales, la Oposición, la Injusticia. Y, de este modo reconocido, precisa Detienne, el Rumor cubre de irrisión al detector de noticias falsas. Al lector apasionado de las 'cosas canarias' no se le esconde que el rumor exige que, más allá de la tenue división entre lo verdadero y lo falso, tanto los 'historiadores' de ayer como los 'paleógrafos' de hoy, se interroguen sobre el extraordinario poder del rumor para dar pie a las creencias, para movilizar a la opinión pública y para ofrecer así a la urbe múltiple de las Islas su identidad secreta y muda en una voz, la de los poetas, que canta al unísono.

## Mytho y logos

En pleno y eufórico siglo XVI, siglo en el que Abreu Galindo redacta su 'Historia', en la que al final de su segundo capítulo escribe: "...Y estas tierras puestas de parra dan ciento y más botas de vino; y puestas de caña de azúcar, dan y suelen dar dos mil ducados, y tres mil, en dos años de provecho. De manera que está averiguado competirles el nombre de Dichosas por lo referido...", la ciudad del Real estaba agitada por un gran rumor continuo. Rumor de piratas y corsarios, de galeones y goletas que iban y venían de Sevilla, de Indias, de mercaderías, de pregoneros de noticias de toda índole, de mentidos y desmentidos, de gentes de toda raza, país y condición. Eran las gentes del 'mito' ('mytheitai'), que presumiblemente derivaban su nombre del modelo de las 'gentes de la ciudad' ('poliētai'). En cuyo caso los contertulios de la 'Academia Atlántica' serían los 'mitarcas', los 'cabecillas', los historiadores y poetas. Los 'dadores o decidores de consejos', los 'oradores de mitos', según enumera Detienne. Y nos tenemos que referir ya al mito como palabra de subversión, como voz de revuelta. Porque las 'gentes del mito' no tienen sólo el privilegio de un relato que unos escucharían y otros rechazarían. Son el objeto de una decisión peyorativa. Excluidos de la palabra política, se les ha asignado ese lugar todavía vacío y sin identidad. Los huéspedes de Cairasco están en ese momento en una especie de alteridad cuya subversión es considerada por el poder como insignificante. Pero ellos están también en el lugar del saber de los filósofos antiguos que, después de Jenófanes y hasta Empédocles, constituye un continuo desmentido del rumor de nuestros contemporáneos del siglo XX, los 'académicos', que atribuyen al 'pensamiento racional' el proyecto de abolir otra forma de pensamiento, cuyo instrumento sería el 'mito', en el sentido que le confieren Detienne y otros mitólogos, de relato sagrado o de discurso sobre los dioses.

Al componer la elegía llamada del banquete, reanuda el autor de 'La invención de la mitología' su pormenorizada exposición, Jenófanes enuncia el modo de plegaria dirigida a la deidad; prescribe a los hombres de recto pensamiento el cantar "con palabras ('mythoi') de buen augurio y palabras ('lógoi') puras". La misma condición neutra tiene el mito en la obra poética de Cairasco y de Viana. Sus respectivas declaraciones de principio, son muy semejantes a la declaración liminar del discurso de Parménides, en el que el 'lógos' sobre la verdad y la doctrina del ser se da como una 'palabra en ruta', un 'mythos' en marcha, cuyo recorrido, seguimos con Detienne, en los aledaños de las opiniones engañosas de los mortales, se ve

interrumpido por estas palabras solemnes: “Detengo aquí el discurso, el ‘lógos’ de certidumbre sobre la verdad”. Nuevo Homero y nuevo Virgilio, embriagado de su canto épico inaugural, Cairasco muestra el camino a Viana y también a Silvestre de Balboa y les conmina a que escuchen los ‘mythoi’, las palabras del maestro, al que la Musa concede el marchamo de la verdad. Cairasco detiene el discurso retórico, a cada ocasión, para intercalar en el decurso de la tradición tópica (‘topikás’) llamadas al ‘mito’ de un saber que sabe preservarse del error y del engaño de los otros. Y como un nuevo Esquilo, nuestro chantre-poeta evoca el ‘lógos’, esa palabra de certeza de que son portadoras las ‘historias verdaderas’ que circulan: “No cantaré los bárbaros amores / que engendra el ocio en el humano pecho” (Exordio al ‘Templo Militante’). Así como en los ‘Trabajos’ Hesíodo cuenta el ‘lógos’ de las razas de oro, de plata, de bronce y de hierro, y esto ya no es un relato ‘mítico’, apuntilla Detienne, Cairasco y Viana cantan la selva de Doramas, los amores desgraciados de la princesa Dácil y el capitán castellano, la aparición de la Virgen de la Candelaria, la derrota de Drake, el auténtico paisaje canario o el mar mitológico, pero real, que heredará cuatro siglos más tarde Tomás Morales. En estos nuestros grandes poetas épicos, ‘lógos’ y ‘mythos’ son actores intercambiables.

En ambos vates el mito designa el mismo lugar vacío, como una laguna blanca en la literatura española de los siglos de oro, y también como una tierra de exilios y de privaciones intelectuales. En Viana, la ‘marca’ del mito, lo que funda una ‘cuasi épica’ en el contexto de las nacientes literaturas hispanoamericanas de la colonia, toma la forma de lo multitudinario. El protagonista principal del ‘Poema’, como muy bien recalca María Rosa Alonso, es el pueblo guanche, y su distintivo es la rareza. Rareza tan extremada, junto a la de Cairasco, su reconocido maestro, que logra llamar la atención de Lope, quien trata, sin mayor fortuna, de imitarlo. Rareza --tal como la entiende Detienne, de reunión superior de ‘lógos’ y de ‘mytho’, de fábula y de historia-- que confiere a la literatura canaria por venir sus mayores y más preciadas señas de identidad. Rareza, por último, pues la abundancia en el género coral implica lo que Detienne mismo llama la duplicación desde lo alto, desde el espacio agonístico en que se mueven el historiador y la historia, a los gestos de los héroes múltiples que la hacen.

Intercalado en la heterogeneidad del ‘Flos Sanctorum’ o Almanaque Cristiano que es el ‘Templo Militante’, tanto como en las famosas cuarenta y dos octavas reales incorporadas al Canto XV de su ‘Goffredo Famoso’, traducción de la ‘Jerusalem Libertada’ de Tasso, así como también en otros numerosos pasajes y ocasiones, Cairasco, como ha sido señalado, escribe su propio y desigual poema épico. Fabricante de relatos (‘logopoiós’), el arriesgado autor de la inédita ‘Esdrújula’ e imitador creativo de Virgilio, a contrapelo o, también, adelantándose a su tiempo, denuncia el carácter ilusorio de un pensamiento mitológico de los orígenes. Diseminado, advierte nuestro mentor, el ‘mythos’ nunca tiene el contenido que los modernos antropólogos atribuyen al ‘mito’. Es a este insigne poeta, el ‘único fénix’ como lo llamó Abreu Galindo, al poeta que acierta a desgarrar desde tan temprano el silencio y el olvido de todo un pueblo desaparecido o en vías de desaparecer, a quien hay que levantar con la voz el grito que lo despierte. Y es igualmente en Cairasco, y en su amigo y discípulo aventajado Viana, en quienes hay que fundar la memoria nueva sobre la base de otra más antigua, al recordar a los olvidadizos malintencionados, como dice Detienne referido a los poetas e historiadores de la antigua Grecia, el vigor de un héroe, el triunfo en la derrota del valeroso pueblo aborígen, o el gesto estallante de un dios Alcorán. Cada victoria contra las huestes españolas, cada derrota, cada hecho, requiere para ambos poetas la evocación de un relato tradicional, paradigma necesario, argumenta Detienne, para que se enuncie la palabra, el ‘logós’ de Verdad. Ni la epopeya dispersa de Cairasco ni las ‘Antigüedades’ de Viana pertenecen al exclusivo dominio del ‘mito’. Ante lo singular del ‘logós’ poético de estos dos ‘juglares’ de nuestra literatura, el ‘mito’ librado a la pluralidad y a su dispersión, designa de forma única el ‘rumor’ que amenaza a la palabra de loa, las voces de la insidia que obstaculizan el surgimiento de la verdad poética.

La tarde, esa serena tarde del Real, iba cayendo, y como se da el caso de que todavía no se había inventado la luz eléctrica, los contertulios se aprestaban a recoger, a la media claridad del sol que se ponía por detrás del Risco de San Francisco, sus manuscritos diseminados sobre el velador de mármol. Ya en la puerta, frente por frente del convento, Cairasco aún los retenía contándoles, a media voz, un penúltimo, pero todavía fresco, picante rumor...